

H. Neftalí

Santiago, 22 de Enero de 1973.

Señores
Comité Nobel du Parlement Norvegien
Drammensveien 19
Oslo, NORUEGA. -

Señores miembros del Comité:

Me dirijo a ustedes en mi calidad de Rector de la Universidad Católica de Chile con el propósito de apoyar, en mi modesta condición, al señor Presidente de la República Socialista de Yugoslavia, Josip Broz Tito, como candidato acreedor al Premio Nobel de la Paz.

Patrimonio UC
No pretende ser esta una carta formal de patrocinio, que no tengo títulos suficientes para escribir, sino un acto y un gesto legítimo de respaldo a un hombre cuya obra en favor de la paz yo respeto, comprendo y admiro profundamente.

La paz: una vocación exigente.

Al redactar esta carta, nacida en una tierra lejana y aislada, y redactada por quien ejerce un cargo de que es responsable por la voluntad de una comunidad de trabajadores universitarios, he debido pensar en la paz y en su contenido profundo para el mundo contemporáneo.

Como cristiano y como ciudadano chileno -miembro por lo mismo de un pueblo de fe que vive de la esperanza mayor y activo en un país que lucha por su desarrollo independiente- pienso que la paz es sólo otro nombre contemporáneo de la justicia.

No hay paz, en efecto, donde impera la violencia de las riquezas concentradas; no la hay, donde unos pocos viven la alegría de exis-

tir a costa de la tristeza de muchos; no hay paz, en fin, donde el hombre es para el hombre un objeto, un dependiente, un mero productor de bienes y ganancias que sólo unos pocos aprovechan.

La paz es esencialmente democracia: igual participación de todos en la riqueza, el poder y los bienes de la cultura.

La paz es convivencia de ideas, de sistemas disímiles y de caminos convergentes para transformar el mundo en un lugar habitable para todos, cualquiera sea su raza, nacionalidad, sexo, ideología y creencia religiosa.

La paz es el signo del mundo que hemos de construir: un mundo de libertad; un mundo de justicia; un mundo donde los hombres y las naciones puedan encontrarse y reconciliarse en la común tarea de dominar la naturaleza y de hacerla hermosa para el bien de la humanidad y de su futuro mejor.

Paz es -también- "una nueva tierra y un cielo nuevo". Tierra y cielo de hombres; cielo y tierra hecha del trabajo de muchos; de nuestra obra constante; de nuestra labor llena de comprensión y bondad y respeto por todos.

La paz no es, por consiguiente, una gracia, un don, un producto del azar. Es misión de humanos; es acto de la historia; es esfuerzo, disciplina, empresa y exigencia. La paz nace de la libertad y no de la fuerza. Pero la historia de la pacificación es, muchas veces, paradójicamente, violenta.

Porque la paz es un descubrimiento y una conquista. Es lucha y alumbramiento. Es obra del hombre y de los pueblos que construyen la historia. Es una disciplina; no una excusa. Es el laborioso experimento de las naciones; no su reposo.

Hacer la paz es exigente. Es la tarea más hermosa y la suprema vocación del hombre. Es su triunfo y su forma de ordenar el mundo con justicia. Hacer la paz es la misión más alta: es la más exigente aventura de los pueblos y de sus dirigentes en el mundo de hoy.

La paz no tiene fronteras.

La paz reinará para todos o no será. Habrá paz en el mundo entero o no existirá para nadie. La humanidad es una sola. La paz sólo una: indivisible, apremiante, necesaria.

La paz que reclamamos no tiene fronteras. Es la paz entre los pueblos, entre todos, sin distinción.

Hoy día no es posible una "paz romana". No lo es una "paz cristiana", ni una "paz socialista" ni una paz hecha sobre la base del predominio del capital.

La paz del mundo contemporáneo debe ser pluralista y abierta. No tiene el signo de una denominación ni puede imponerse por el poder de unos sobre otros.

Paz hoy significa convivencia: convivencia de razas, de ideologías, de religiones y sistemas políticos. Paz es intercambio cultural; es interdependencia económica y -necesariamente- soberanía política. Paz es autodeterminación de cada pueblo para labrar libremente su destino. Es respeto por la autonomía de cada gobierno. Es realismo y generosidad. Efectivamente, la paz no tiene fronteras.

Viet-Nam niega la paz, porque es el símbolo de una guerra injusta donde un pueblo humilde y heroico muere cada día ante el poder descontrolado de los que con sus actos expresan la violencia y la proclaman en nombre de una falsa libertad, una falsa democracia, un falso sentido de la humanidad.

América Latina hiere la paz, porque sobre esta tierra silenciosa, olvidada, mueren hombres en la miseria, en la desesperanza, en la explotación.

En Africa se olvida la paz, porque sobre ese continente vasto, pueblos enteros son sometidos al juego de las potencias, al infierno del hambre, al drama del color representado como discriminación.

El Medio Oriente clama contra la paz, porque sobre esas tierras

antiguas, pueblos hermanos se combaten y poderes, que quisieran ocultarse, expresan su afán de predominio y su desprecio fatal por el hombre, sus derechos y su deseo de vivir en armonía.

Checoslovaquia, República Dominicana, Brasil, Indonesia, Cambo-
dia, Bolivia, Irlanda, Haití: en cada uno de esos lugares y en tantos
otros la paz es violentada por la fuerza y la miseria y en todos ellos
es el mundo entero el que sufre, que se desangra y es aplastado. Por-
que la paz existe para todos o no existe. Porque la paz es comparti-
da por cada hombre como justicia y respeto a sus derechos o no exis-
te. Porque el mundo conquista para sí la paz que los pueblos anhelan
o el mundo -cualquiera sea el lugar donde se exprese la violencia y
cualesquiera sean su origen y su forma- sufrirá el dolor de la gue-
rra, la miseria y el oprobio. La paz, definitivamente, no tiene fron-
teras.

La paz de hoy y de mañana.

La paz de mañana se construye hoy, no mañana. La paz de hoy se ha-
ce con esfuerzo, no con guerras injustas e inútiles. Con justicia, no
con explotación. Con independencia, no con sometimiento del débil
al más fuerte.

Nosotros soñamos una paz lejana, trascendente y hermosa. La paz de
la vida, que es su triunfo sobre toda muerte. La paz de la nueva tie-
rra, que es la tierra confundida con los cielos hoy distantes. La paz
de la solidaridad, que es la reconciliación final del hombre frente a
toda adversidad, todo egoísmo, toda pequeñez.

Nuestro anhelo de paz no tiene límites. Es total. Es la paz de las co-
sas bellas; no el silencio de los cementerios. Es la paz entre iguales;
no el dominio de los más poderosos. Es la paz del futuro ausente,
ausencia que en cada hombre es deseo, desafío, camino y esperanza.
Por esa paz combatimos: en esa aventura estamos comprometidos. Pa-
ra renacer, un día, hermanos con todos.

El llamado de esa paz lejana tiene hoy una presencia en la historia:
es el llamado a la justicia, a la solidaridad, a la democracia y la so-
beranía popular. Es reclamo de hermandad entre los pueblos y el fin
de toda guerra.

La presencia de la paz en nuestra época se llama desarrollo sin dependencia; igualdad sin miseria; autodeterminación sin límite de ideologías; convivencia de todos en la plural sociedad de las naciones libres. Esa paz es posible. Luchar con generosidad por ella es un signo de humanidad. Es una necesidad impostergable de la historia.

Nuestras razones en favor de Josip Broz Tito.

Muchos son los hombres que hoy laboran eficazmente por la paz. Los hay en cada nación. Los reconocemos en tantos pueblos. Son poetas, trabajadores, intelectuales, sacerdotes, políticos y jóvenes universitarios. Los hay en diversos sectores de la sociedad; entre cristianos, ateos y marxistas. Hombres y mujeres. Viejos y jóvenes. Sabios y modestos labradores de la tierra.

En definitiva, son los pueblos los que hacen la paz. Los pueblos que combaten contra la injusta agresión extranjera; los pueblos que luchan por su independencia; los pueblos que construyen su historia con sentido del futuro y en respeto a los demás. Los hombres que aman la vida, el amor, la belleza y por eso tienen esperanza.

Josip Broz Tito es un símbolo de esta lucha. El representa hoy, con la fuerza de un testimonio real, a millones de hombres que trabajan en silencio -sin importarles nombre, sin exigir nada- por construir la paz entre los pueblos. Por hacer del mundo un lugar más hermoso, más justo, más solidario para vivir en paz.

Su figura trasciende fronteras e ideologías políticas. Su acción merece el respeto de hombres de diversas creencias religiosas y de tantas nacionalidades. Esto no es obra del azar: es producto de una acción histórica eficaz. En Josip Broz Tito reconocemos una trayectoria consecuente de lucha por la paz. Paz como resistencia al fascismo, hace muchos años. Paz, más tarde, para construir una nación yugoslava como unión de naciones iguales. Paz hecha sobre la base de justicia, solidaridad y desarrollo democrático. Paz identificada con la soberanía de Yugoslavia sin transar jamás, aun frente a aquellos países que proclamaban el socialismo, pero lo construían con métodos

tan diversos. Paz que significó apoyar la Organización de las Naciones Unidas y trabajar dentro de ella para reunir a los países del mundo sin discriminación. Paz que llevó a convocar a los países subdesarrollados y dependientes -el Tercer Mundo- para alzar todos ellos unidos una voz independiente frente a los poderosos de la tierra. Paz que implicó no-alineación, es decir, soberanía nacional para todos, solidaridad compartida y autodeterminación de cada pueblo. Paz que fue signo de pluralismo, de lucha constante y de respeto por todos.

Al apoyar pues a Josip Broz Tito como agente efectivo de la paz no lo hacemos por cortesía sino por una obra de él que admiramos en su esencia, en su evolución y en sus resultados. Que sentimos identificada con la obra de un pueblo y de muchos pueblos.

Conclusión.

No tenemos para dirigirnos a ustedes, señores miembros del Comité Nobel del Parlamento Noruego, otros antecedentes que estos: Rector de una Universidad chilena, Universidad Católica, de las más antiguas y mayores del país. Una Universidad respetada por el pueblo de Chile, cuyas autoridades son elegidas democráticamente. Ciudadano chileno, es decir, miembro de un país que -en la frontera del mundo- desea construir con esfuerzo y disciplina una sociedad justa para todos. Habitante de una tierra que ama sobre todas las cosas la paz y que sabe que la paz es sólo otro nombre de la justicia y que es una para todos o no existe para nadie. Con estos títulos, escasos pero fundados en la historia de nuestro país, les escribo para solicitar respetuosamente y apoyar que se otorgue a Josip Broz Tito el Premio Nobel de la Paz. Hacerlo sería en nuestra opinión un acto de justicia y de generosa comprensión. Significaría un respaldo no sólo al hombre que lo merece sino a tantos otros -en tantas partes del mundo- que leal y honestamente trabajan por la paz en esta tierra de todos que es el futuro indivisible que compartimos.

En la seguridad de contar con vuestra distinguida atención, saludo atentamente a ustedes.

FERNANDO CASTILLO VELASCO
Rector
Universidad Católica de Chile